

POTESTAS

RELIGIÓN, PODER Y MONARQUÍA



REVISTA DEL GRUPO EUROPEO
DE INVESTIGACIÓN HISTÓRICA



COMITÉ EDITORIAL

EDITA:

POTESTAS. Grupo Europeo de Investigación Histórica: RELIGIÓN, PODER Y MONARQUÍA

DIRECTORES:

Pedro Barceló, Juan José Ferrer y Víctor Mínguez

SECRETARIA:

Inmaculada Rodríguez Moya

CONSEJO DE REDACCIÓN:

Dr. Pedro Barceló (Universität Potsdam)
Dr. Juan José Ferrer Maestro (Universitat Jaume I)
Dr. Heinz-Dieter Heimann (Universität Potsdam)
M.A. Eike Faber (Universität Potsdam)
Dra. Christiane Kunst (Universität Potsdam)
Dra. Verónica Marsá (Universitat Jaume I)
Dr. Víctor Manuel Mínguez Cornelles (Universitat Jaume I)
Dr. Carles Rabassa Vaquer (Universitat Jaume I)
Dra. Inmaculada Rodríguez Moya (Universitat Jaume I)
Dr. Michael Stahl (Technische Universität Darmstadt)

CONSEJO ASESOR:

Dr. Jaime Alvar (Universidad Carlos III de Madrid)
Dr. Michele Cataudella (Università di Firenze)
Dr. Manfred Clauss (Johann Wolfgang Goethe-Universität Frankfurt am Main)
Dr. Jaime Cuadriello (Instituto de Investigaciones Estéticas. UNAM)
Arq. Ramón Gutiérrez (Centro de Documentación de Arquitectura Latinoamericana. Buenos Aires).
Dr. Fernando Marías Franco (Universidad Autónoma de Madrid)
Dr. Alfredo J. Morales (Universidad de Sevilla)
Dr. José Manuel Nieto Soria (Universidad Complutense de Madrid)
Dr. Manuel Núñez (Universidad de Santiago)
Dra. Pilar Pedraza (Universitat de València)
Dr. Flocel Sabaté i Curull (Universitat de Lleida)
Dra. Rosa Sanz Serrano (Universidad Complutense de Madrid)
Dr. John Scheid (Collège de France)

REDACCIÓN, ADMINISTRACIÓN Y SUSCRIPCIÓN:

Inmaculada Rodríguez
Departamento de Historia, Geografía y Arte
Facultad de Ciencias Humanas y Sociales
Universitat Jaume I. Campus de Riu Sec
Avda. Sos Baynat, sn. 12071 Castellón. España
revistapotestas@uji.es
Teléfono: 964 729651
Fax: 964 729265

IMAGEN DE CUBIERTA: Retrato del emperador Augusto, Camafeo, hacia 14-20 d. C.
British Museum, Londres.

DISEÑO Y MAQUETACIÓN: Carolina Hernández Terrazas

ISSN: 1888-9867

DL:

IMPRIME:

Cap part d'aquesta publicació, incloent-hi el disseny de la coberta, no pot ser reproduïda, emmagatzemada, ni transmesa de cap manera, ni per cap mitjà (elèctric, químic, mecànic, òptic, de gravació o bé de fotocòpia) sense autorització prèvia de la marca editorial.



Sumario

MANUEL NÚÑEZ RODRÍGUEZ (Universidad de Santiago de Compostela) <i>El Rey en su honra</i>	5
MICHAEL STAHL (Technische Universität Darmstadt) <i>Auctoritas und Charisma: Die Bedeutung des Persönlichen in der Herrschaft des Augustus</i>	23
JAIME ALVAR EZQUERRA (Universidad Carlos III de Madrid) FERNANDO LOZANO GÓMEZ (Universidad de Sevilla) <i>Un tonto entre los dioses: Vilipendio del monarca</i>	35
JORGE SEBASTIÁN LOZANO (Fundación Mainel) <i>El género de la fiesta. Corte, ciudad y reinas en la España del siglo XVI</i>	57
CHRISTIANE KUNST (Universität Potsdam) <i>Der Leichnam des Princeps zwischen Consecratio und Damnatio</i>	79
ROSARIO INÉS GRANADOS SALINAS (Universidad de Harvard) <i>Sorrows for a devout ambassador. A Netherlandish Altarpiece in Sixteenth century Castile</i>	101
PEDRO BARCELÓ (Universität Potsdam) <i>Poder terrestre, poder marítimo: la politización del mar en la Grecia clásica y helenística</i>	131
NICOLAS JASPERT (Ruhr-Universität Bochum) <i>Peregrinos gallegos a Palestina y las relaciones entre los cabildos de Compostela y Jerusalén en el siglo XII</i>	149
MARCO LADEWIG (Universität Potsdam) <i>Triumphus Navalis – Die rituelle Verherrlichung des Sieges zur see</i>	171
JORGE MARTÍNEZ-PINNA (Universidad de Málaga) <i>Algunas observaciones sobre la monarquía romana arcaica</i>	193
Curricula de los autores	213

ALGUNAS OBSERVACIONES SOBRE LA MONARQUÍA ROMANA ARCAICA

JORGE MARTÍNEZ-PINNA
Universidad de Málaga

RESUMEN: El presente artículo contempla una evolución de la monarquía romana en el siglo VI a través de tres aspectos principales: el acceso al poder de los diferentes reyes, sus fundamentos ideológicos y la supuesta identificación a la tiranía. La conclusión es que la monarquía desaparece por un proceso interno de degradación, consecuencia de la incompatibilidad de fondo existente entre el *regnum* y la *civitas*.

Palabras clave: monarquía, Roma, época arcaica, tiranía.

ABSTRACT: This article covers the development of the Roman monarchy in the 6th century through three main aspects: the accession to power of the different kings, their ideological basis and the supposed identification of tyranny. The conclusion is that the monarchy disappears in an internal degradation process resulting from the underlying incompatibility between the *regnum* and the *civitas*.

Keywords: Monarchy, Rome, archaic time, tyranny.

Con la denominación de monarquía arcaica se entiende la segunda etapa del período monárquico en Roma,* es decir los reinados de los tres últimos reyes según la lista tradicional (Tarquinio Prisco, Servio Tulio y Tarquinio el Soberbio). Esta división no supone aceptar aquella antigua separación que diferenciaba entre monarquía latino-sabina y monarquía etrusca. No puede hablarse de una transformación étnica de la sociedad romana, ni siquiera en su clase superior. Roma fue siempre una ciudad latina y romanos fueron sus reyes, aunque alguno pudiera tener un origen extranjero. Pero aun así, no cabe duda que el siglo VI significa en Roma una época muy singular, caracterizada por importantes y profundas transformaciones, y como tal era ya reconocido desde los inicios de la moderna crítica histórica, con B. G. Niebuhr y A. Schwegler.¹

Sin embargo, la antigua tradición contempla toda la historia de la Roma monárquica como un conjunto unitario. Su visión se ajusta a la imagen de una línea ascendente, que tiene su punto de partida en Rómulo y su acción fundacional alcanza su punto culminante con Servio Tulio y a continuación cae bruscamente con Tarquinio el Soberbio. Pero si se lee el relato tradicional entre líneas, se observan algunos hechos de no escaso interés. Así sucede con Numa Pompilio, cuya reforma sacerdotal rebasa el ámbito meramente religioso y afecta de lleno a las instituciones fundamentales de la primitiva sociedad romana.² Y algo similar cabe decir sobre Tarquinio Prisco, como veremos más adelante, quien inaugura una nueva fase que supone un cambio radical en el panorama político e ideológico de Roma.

Aunque con diferentes planteamientos, las interpretaciones modernas coinciden en algunas ocasiones con aspectos fundamentales de la presentación tradicional. Por ejemplo, a partir de los sensacionales descubrimientos de A. Carandini en la ladera septentrional del Palatino, ha surgido con no poca fuerza un intento por otorgar validez histórica si no a la propia figura de Rómulo, sí al menos a su obra de fundación.³ Según los seguidores de esta tendencia, la

* Este artículo se encuadra en el proyecto de investigación HUM2005-01598, del Ministerio de Educación y Ciencia, y en el grupo de investigación HUM-696, de la Junta de Andalucía. Su texto constituye la base de sendos seminarios impartidos en la Università degli Studi di Pavia, en la Scuola Normale Superiore de Pisa y en la Université de Paris IV - La Sorbonne, gracias a la invitación de los profs. Dino Ambaglio, Carmine Ampolo y Dominique Briquel, respectivamente.

1. B.G. NIEBUHR: *Lectures of the History of Rome*⁵ (trad. ingl.), Londres, 1898, p. 88; A. SCHWEGLER: *Römische Geschichte*, Tübingen, 1853, vol. I.2, pp. 694 y ss.

2. Sobre la reforma de Numa y sus implicaciones políticas, E. M. HOOKER: «The Significance of Numa's religious Reforms», *Numen*, 10, 1963, pp. 87-132; L.-R. MÉNAGER: «Les collèges sacerdotaux, les tribus et la formation primordiale de Rome», *MEFR*, 88, 1976, pp. 456 y ss.; J. MARTÍNEZ-PINNA: «La reforma de Numa y la formación de Roma», *Gerión*, 3, 1985, pp. 97-124.

3. Así, A. CARANDINI: «Le mura del Palatino, nuova fonte sulla storia della Roma regia», *BdArch*, 16-18, 1992, pp. 1-18; IDEM: *La nascita di Roma*, Torino, 1997, esp. pp. 491 y ss.; IDEM:

imagen de Roma como ciudad aparece en una fecha más o menos coincidente con la tradicional, y con su punto de referencia topográfico en el Palatino. Bajo esta perspectiva, las transformaciones urbanísticas denunciadas por la arqueología en un horizonte cronológico en torno al año 600 a.C., no serían sino expresión de la monumentalización de una estructura cívica ya conformada con más de un siglo de antelación. Pero esta reconstrucción suscita muy serias dudas.⁴

Por otra parte, hay un aspecto en el cual la coincidencia entre antiguos y modernos es prácticamente absoluta: la revalorización de la figura de Servio Tulio. En gran parte de la literatura actual, Servio ocupa una posición central en la visión general de la Roma arcaica y se convierte en protagonista indiscutible de su historia. Todo parece girar en torno a su personalidad y su obra. Es el auténtico gozne sobre el cual se mueve el devenir histórico del siglo VI. Su figura se ve envuelta en la apariencia del tirano o del *nomothetes*, siempre a imagen de un modelo griego, resaltando su inclinación hacia la plebe –o su oposición a la aristocracia gentilicia– en una situación intermedia entre la monarquía y la República. Así, en palabras de A. Frascetti, «il generalissimo Servio Tullio offre nella sua figura –una figura fluida e quasi inafferrabile–, l'immagine del trapasso a Roma, ..., dalla monarchia allo stato repubblicano».⁵

Esta excesiva exaltación de la figura de Servio se justifica perfectamente a los ojos de la tradición. Los antiguos consideraban a Servio como un gran legislador, creador de una nueva organización que rompe con lo anterior de manera drástica, y de ahí el calificativo de *conditor* que le presta Tito Livio.⁶ Su obra sobrepasa además el propio régimen monárquico y se convierte en el esquema político-social de la República. Y aquí es donde descansa la consideración de esta época como cénit de la monarquía, en cuanto que paradójicamente el mismo Servio encarna al primer republicano. No en vano la tradición le saluda como instaurador de la *libertas*, término que no puede entenderse sino en el sentido que este concepto tenía en la República.⁷

Remo e Romolo, Torino, 2006, *passim*; P. CARAFA: «La 'grande Roma dei Tarquini' e la città romuleo-numana», *BCAR*, 97, 1996, pp. 7-34; A. GRANDAZZI: *La fondazione di Roma* (trad. ital.), Bari, 1993, pp. 176 y ss.; IDEM: «Rome et sa fondation: archéologie, histoire, mémoire», en *Mites de fondació de ciutats al món antic*, Barcelona, 2001, pp. 245 y ss.; IDEM: *Les origines de Rome*, París, 2003, pp. 79 y ss.; IDEM: «Penser les origines de Rome», *BAGB*, 2007, pp. 40 y ss.; R.R. HOLLOWAY: *The Archaeology of Early Rome and Latium*, Londres, 1994, pp. 101 y s.; B. LIOU-GILLE: *Une lecture 'religieuse' de Tite-Live I*, París, 1998, p. 24.

4. Cf. J. POUSET: *Les rois de Rome*, Bruselas, 2000, pp. 165 y ss.; J. MARTÍNEZ-PINNA: «Reflexiones en torno a los orígenes de Roma: a propósito de interpretaciones recientes», *Orizzonti*, 2, 2001, pp. 78 y ss.; M. RIEGER: *Tribus und Stadt*, Göttingen, 2007, pp. 53 y ss.

5. A. FRASCETTI: «Servio Tullio e la partizione del corpo civico», *Metis*, 9-10, 1994-95, p. 140.

6. Liv., 1.42.4.

7. Permítaseme remitir a mi artículo «Entre la monarquía y la República según Livio y Dionisio de Halicarnaso», en *Hommages P.M. Martin* (e.p.).

El siglo VI supone en Roma, como en general en el Lacio y en Etruria, una época de gran riqueza y complejidad históricas. Es una fase de transición, durante la cual se va formando la ciudad, la *civitas*, y por tanto caracterizada por una crisis continua en la búsqueda de su propia identidad. En este contexto adquieren todo su sentido las reformas realizadas primero por Tarquinio Prisco sobre las instituciones tradicionales (Senado, *equitatus*, sacerdotes), y a continuación por Servio Tulio con la introducción de una organización basada en el censo y en las tribus. Nace así un esquema político, social e ideológico que anuncia la futura constitución de la República. Pero conforme se fortalece la estructura cívica, se va produciendo una progresiva decadencia de la propia monarquía, que avanza rápidamente hacia formas que revisten un carácter más personal que institucional. Aunque posiblemente todos los reyes del siglo VI procuraron conservar cierta apariencia de legalidad conforme a los usos tradicionales, lo cierto es que la naturaleza y el ejercicio de su poder nada tenían que ver con la monarquía anterior.

En este proceso inciden diversos factores. Entre ellos hay algunos de procedencia greco-oriental, pero a la vez resultan quizá más determinantes los propios impulsos nacionales. No es necesario por tanto imaginar en Roma un desarrollo paralelo al que contemporáneamente experimentaban las ciudades griegas o el mundo etrusco. Pensar que las ciudades latinas, Roma incluida, gozaban en el siglo VI de unas circunstancias similares a las que entonces dominaban en el mundo griego, me parece una aventura no carente de riesgo. Las *póleis* helenas llevaban recorrido un largo camino que Roma no había hecho más que empezar: las notables diferencias en los ámbitos político, social e institucional que se constatan entre ambos mundos en el siglo V no avalan en modo alguno la existencia de condiciones similares en referencia al siglo VI.⁸ Respecto a las ciudades etruscas, es tan escaso lo que se sabe con alguna certeza sobre su panorama político e institucional, que toda comparación con Roma no deja de ser una hipótesis prácticamente indemostrable. Así, resulta cuanto menos paradójico que partiendo del supuesto que la situación es la misma en Etruria y en Roma, se trasladen a la primera hechos exclusivamente romanos para, en un extraño viaje de ida y vuelta, justificar su presencia en Roma como ejemplo de una manifiesta influencia etrusca.

La degradación de la institución monárquica se aprecia en primer lugar en las condiciones de acceso al poder de los diferentes reyes. Tradicionalmente el rey basaba su legitimidad en el procedimiento de investidura, que contemplaba diversos pasos desde el *interregnum*, con la designación del nuevo monarca, hasta la *inauguratio* final. Pero ya desde Tarquinio Prisco comienzan a observarse ciertas alteraciones, cada vez más significativas, en la normativa que

8. Cf. no obstante K. A. RAAFLAUB: «Politics and Society in Fifth-Century Rome», en *Bilancio critico su Roma arcaica fra monarchia e Repubblica*, Roma, 1993, pp. 129-157, quien establece algunas comparaciones entre la Roma del siglo V y la Atenas arcaica, especialmente la época de Solón.

señalaba la costumbre. El proceso de investidura real de Tarquinio Prisco no es expuesto en manera idéntica por Livio y Dionisio. Al igual que Cicerón, Livio resalta la elección comicial y omite toda referencia al *interregnum*.⁹ Por su parte, Dionisio afirma que Tarquinio fue elegido por sus méritos y su designación se ajustó a los trámites que exigía la costumbre, incluida la *inauguratio*.¹⁰ Pero las diferencias no son tan notables. Livio sigue la tendencia que ve en Tarquinio al primer *homo ambitiosus* de la historia de Roma,¹¹ conforme a una imagen próxima a la de algunos políticos de la baja República, y de ahí la importancia que confiere a la elección comicial. Pero esto no implica la ausencia del *interregnum* y tampoco una inhibición del Senado en el procedimiento de elección del rey.¹² La decisión de Tarquinio de ampliar el número de senadores con la creación de los *patres minorum gentium*, una nueva nobleza a la que luego abrió el *equitatus*, parece indicar que no todos los *patres* estuvieron de acuerdo con su nombramiento. La leyenda de la muerte de Tarquinio, asesinado por unos pastores enviados por los hijos de Anco, en el fondo recuerda la oposición al rey de una parte de la aristocracia romana, quizá la misma que al poco tiempo apoyó la realeza de Servio. Pero la designación de Tarquinio fue legal.

El problema principal en la investidura de Tarquinio se encuentra en la *inauguratio*. El famoso episodio del enfrentamiento entre el rey y el augur Atto Navio,¹³ con el triunfo final de éste, indica que Tarquinio no estaba en posesión del *augurium*. Con anterioridad los reyes eran también augures, condición que pierden a partir de este momento. El conflicto entre el rey y el augur sugiere una modificación importante respecto a la posición tradicional del rey. Las fuentes no son explícitas, pero de acuerdo con P. Catalano, se puede suponer «che si era avuta una *inauguratio* con esito negativo, oppure no si era inaugurato o, infine, che ci fosse concepita una *inauguratio* che escludeva il potere augurale.»¹⁴ Sea como fuere, esta investidura un tanto irregular determina importantes aspectos de la monarquía de Tarquinio, y llega a afectar también a sus sucesores.

9. Cic., *Rep.*, 2.10.35; Liv., 1.35.1-6.

10. Dion., 3.46.1.

11. La expresión figura en E. BURCK : *Der Erzählungskunst des T. Livius*, Berlín, 1964, p. 158, y en J. HEURGON: *Les origines de la République romaine*, Vandoeuvres, 1967, p. 132. Sobre la cuestión, R.J. PANELLA: «The ambitio of Livy's Tarquinius Priscus», *CQ*, 54, 2004, pp. 630-635; B. MINEO: *Tite-Live et l'histoire de Rome*, París, 2006, pp. 185 s.

12. Cf. E. HERZOG : «Das institut des interregnums im system der römischen staatsverfassung», *Philologus*, 34, 1875, p. 505; J. JAHN: *Interregnum und Wahldiktatur*, Kallmünz, 1970, p. 56.

13. Cic., *Div.*, 1.17.31; Liv., 1.36; Dion., 5.71; Val. Max., 1.4.1; Flor., 1.1.5; Apul., *Socr.*, 7; Fest., 168 L; Lact., *Inst.*, 2.7.8; Auct. vir. ill., 6.7; Aug., *Civ. Dei*, 10.16; Zon., 7.8. Su Atto Navio, C. BARDT: *Die Legende von dem Augur Attus Navius*, Elberfeld, 1883 (evolución de la leyenda en sus diversas versiones); G. PICCALUGA: «Attus Navius», *SMSR*, 40, 1969, pp. 151-208; M. SCARSI: «Neque Atti Navii nomen memoria floreret tam diu», *BStudLat*, 34, 2005, pp. 401-439; D. BRIQUEL: «Considérations sur la légende d'Attus Navius», *Res Antiquae*, 2, 2005, pp. 61-82 (perspectiva trifuncional).

14. P. CATALANO: *Contributo allo studio del diritto augurale. I*, Torino, 1960, pp. 567 y s. Las fuentes son bastante oscuras: Fest., 168 L; Lact., *Inst.*, 2.7.8.

El acceso al trono del sucesor de Tarquinio, Servio Tulio, fue completamente irregular. Según la tradición, tras el asesinato de Tarquinio, su esposa Tanaquil mantuvo en secreto la muerte del rey y proclamó a Servio como regente; transcurrido un breve tiempo, el mismo Servio se convierte en el nuevo monarca. A partir de este momento, se escinden dos versiones. En el texto de Livio, Servio es presentado como el primero que reinó *iniussu populi, voluntate patrum*, y no recibió la confirmación popular sino una vez aprobada la organización centuriada y conformada la nueva asamblea surgida de la reforma.¹⁵ Por el contrario, Dionisio narra la historia al revés: Servio fue aclamado por las curias y conscientemente prescindió de la confirmación senatorial.¹⁶ Estas versiones tan opuestas responden a las dos tendencias que existían en la analística sobre el carácter del reinado de Servio, una aristocrática y otra popular. Pero ambas coinciden en un hecho, a saber que la entronización de Servio se produjo de forma irregular,¹⁷ lo cual no impide considerarle un monarca legítimo.

Ante la escasa confianza del relato tradicional, es necesario acudir a la versión etrusca, conocida a través de las pinturas de la tumba François de Vulci y de referencias de algunos autores latinos, sobre todo Verrio Flaco y el emperador Claudio.¹⁸ Según esta versión, Servio Tulio, llamado Mastarna,¹⁹ era *sodalis* de los hermanos Aulo y Celio Vibenna y con ellos combatió con suerte alterna, probablemente en la Etruria meridional, hasta que finalmente alcanzó el poder en Roma. En su exposición de los hechos, la versión etrusca difiere

15. Liv., 1.41.6; 46.1.

16. Dion., 4.12.3. Cf. asimismo Cic., *Rep.*, 2.21.38.

17. Sobre las irregularidades constitucionales en la designación de Servio, K. VON FRITZ: *The Theory of the Mixed Constitution in Antiquity*, Nueva York, 1954, pp. 140 y s.; P. CATALANO: *Contributi allo studio del diritto augurale. I*, pp. 412 y s.; R. THOMSEN: *King Servius Tullius*, Copenhague, 1980, pp. 108 y ss.

18. Las fuentes y la bibliografía anterior se pueden encontrar en J. MARTÍNEZ-PINNA: *Tarquinio Prisco*, Madrid, 1996, pp. 31 y ss., pp. 255 y ss. Más recientemente, y bajo perspectivas diversas, M. PALLOTTINO: *Origini e storia primitiva di Roma*, Milán, 1993, pp. 237 y ss.; G. CAPDEVILLE: *Volcanus*, Roma, 1995, pp. 28 y ss.; T.J. CORNELL: *The Beginnings of Rome*, Londres, 1995, pp. 133 y ss.; W. KUHOFF: «La Grande Roma dei Tarquini»: *Die früheste Expansion des römischen Staates im Widerstreit zwischen literarischer Überlieferung und historischer Wahrscheinlichkeit*, Augsburg, 1995, pp. 27 y ss.; D. BRIQUEL: *Le regard des autres*, Besançon, 1997, pp. 6 y ss.; M.C. MARTINI: *Due studi sulla riscrittura annalistica dell'età monarchica*, Bruselas, 1998, pp. 59 y ss.; J. POU CET: *Les rois de Rome*, pp. 192 y ss.; V.E. VERNOLE: *Servius Tullius*, Roma, 2002, pp. 163 y ss.; G. MIGLIORATI: «Forme politiche e tipi di governo nella Roma etrusca del VI sec. a.C.», *Historia*, 52, 2003, pp. 49 y ss.

19. La identificación entre Servio y Mastarna me parece fuera de duda, de acuerdo con lo que dice el emperador Claudio. La opinión en contra expresada en los últimos años por T. J. CORNELL: *The Beginnings of Rome*, pp. 139 y s., carece de argumentos sólidos. La conexión entre *macstrna* y *magister*, sobre la cual duda Cornell, está avalada por una inscripción de Toscana (siglo II a.C.) que contiene el término *macstrnev*, referido a una magistratura y en un contexto institucional bajo influencia romana (*TLE*² 195; *ET AT* 1.1): cf. últimamente C. DE SIMONE: «Latino *Magister* ('capo') - etrusco *Mastarna* - *Macstrna*: che ordine di redazione?», *RFIC*, 130, 2002, pp. 430-456.

notablemente de la vulgata romana, pero tiene la ventaja de ofrecer un cuadro complejo y sugerente, acorde al panorama general que entonces reinaba en el mundo etrusco-latino. A partir de estos datos, se puede suponer que Servio era oponente de los Tarquinius y que su dominio sobre Roma se produjo con la fuerza de las armas, quizá aprovechando el vacío de poder provocado por la repentina muerte de Tarquinio Prisco. El acceso de Servio al trono de Roma ofrece pues toda la apariencia de ser una usurpación. Es posible que una vez reconocido *de facto* su poder, Servio se habría sometido a la aprobación del Senado y del pueblo, con el fin de legalizar su realeza conforme a los usos tradicionales. Pero se trataría de una mera formalidad, ya que en realidad el poder habría adquirido definitivamente un carácter personal. La decadencia de la monarquía es un hecho.

El acceso al trono del último de los reyes, Tarquinio el Soberbio, fue sin duda más violento, aunque desde un punto de vista jurídico es probable que no se distanciase mucho de su antecesor. La tradición sin embargo no deja de incidir sobre una completa irregularidad: en palabras de Livio, Tarquinio llegó a reinar *neque populi iussi neque auctoribus patribus*.²⁰ La tradición enmarca este acontecimiento en un escenario propio de la tragedia,²¹ donde Tarquinio y su esposa Tulia personalizan la perversidad y la maldad absolutas: los asesinatos primero de sus respectivos hermanos, Arrunte y Tulia *minor*, y luego del propio rey muestran claramente la imagen que la tradición forjó sobre el último de los reyes. El relato analítico parece inspirado más por una concepción trágica que histórica, de manera que resulta imposible saber cómo se desarrollaron los hechos. Aun así, existen pocas dudas de que Tarquinio llegó al poder con el uso de la violencia, posiblemente mediante un «golpe de Estado» dirigido contra su predecesor. Su entronización podría considerarse como una usurpación, ya que no se adaptó a las normas acostumbradas, pero podría entenderse también como una restauración. El mecanismo que llevó al poder a Servio y a Tarquinio fue muy similar, pero este último podía invocar el principio dinástico, que aunque sin valor en el sistema tradicional de sucesión, podía ofrecer cierto matiz de legitimidad frente a la usurpación de Servio. En cualquier caso, para alcanzar sus objetivos Tarquinio tenía que contar con partidarios influyentes. Livio menciona a los *patres minorum gentium*, Dionisio a aquellos patricios hostiles a Servio por su vocación democrática.²² Es muy difícil identificar un grupo determinado, pero no hay que olvidar que, según Livio, a principios de la República todavía existía una *factio Tarquiniana* capaz de alzar al consulado a dos de sus miembros.²³

20. Liv., 1.49.3; también Dion., 4.80.23.

21. A.K. MICHELS: «The Drama of the Tarquins», *Latomus*, 10, 1951, pp. 13-24; A. BELLANDI: «Scellus Tulliae. Storiografia e tipologia tragica in Dionigi, Livio, Ovidio», *PdP*, 31, 1976, pp. 148-168; D. BRIQUEL: «Tarquins de Rome et idéologie indo-européenne (II). Les vicissitudes d'une dynastie», *RHR*, 215, 1998, pp. 435 y ss.; M. SEITA: «Una tragedia senza palcoscenico: Tarquinio il Superbo e i suoi familiari secondo Tito-Livio», *BStudLat*, 30, 2000, pp. 485-513.

22. Liv., 1.47.7; Dion., 4.40.4. Véanse asimismo Cas. Dio, 2.11.3; Zon., 7.9.

23. Liv., 2.18.4.

Un aspecto muy interesante acerca de la visión que sobre la legitimidad de estos reyes se formó la tradición, se encuentra en los prodigios que les afectaron. Como hemos visto, el proceso de Tarquinio Prisco falló en la *inauguratio*. Esta carencia ayuda a comprender el prodigio de soberanía del que fue objeto Tarquinio, cuando un águila descendió sobre él, le arrebató el sombrero y tras revolotear en el aire, lo depositó sobre su cabeza; su esposa, la etrusca Tanaquil, interpretó el prodigio como un presagio de realeza.²⁴ La leyenda no es etrusca, sino romana, y en cierto sentido Tanaquil asume las funciones del augur.²⁵ Naturalmente no puede verse aquí un ritual de sustitución de la *inauguratio*, pero su significado es similar: la legitimidad de Tarquinio está avalada por Júpiter, señor del águila, quien envía una señal que predestina al elegido para la realeza. Parece que la tradición justifica *a posteriori* la designación de Tarquinio mediante esta leyenda, en la que el mismo Júpiter manifiesta su conformidad adelantándose a la decisión de los hombres.

Las circunstancias de Servio son diferentes. Su investidura careció de *interregnum* y de *inauguratio*, y la aprobación senatorial y comicial llegó *a posteriori*. La justificación de su poder, desde la perspectiva de la tradición, había que buscarla por otras vías, pero siempre en referencia a la divinidad. Servio fue objeto de dos prodigios de realeza. El primero sucedió antes de su nacimiento, cuando en el hogar del palacio de Tarquinio surgió un falo; Tanaquil profetizó que el fruto de la mujer que se uniera al mismo sería un hombre superior.²⁶ El segundo tuvo lugar asimismo en el palacio real: una aureola de fuego rodeó la cabeza de Servio mientras dormía, y de nuevo Tanaquil predijo su futura gloria.²⁷ En ambos casos se trata de prodigios de soberanía, pero a diferencia de Tarquinio, no es Júpiter quien se manifiesta, sino Vulcano. Servio es así introducido en el universo de los héroes,²⁸ de manera que su realeza no se justifica invocando una razón política, sino confiriéndole una esencia heroica.

En este momento se podría recordar aquella leyenda sobre el nacimiento de Rómulo transmitida por Plutarco y atribuida a un autor por lo demás desconocido, Promathion.²⁹ No faltan opiniones que quieren ver aquí la versión más antigua sobre el origen de Rómulo.³⁰ Pero, según creo, se debe datar en

24. Cic., *Leg.*, 1.1.4; Liv., 1.34.8-9; Dion., 3.47.3-4; Sil. Ital., 13.818-820; Auct. vir. ill., 6.3-4; Zon., 7.8.

25. Cf. J. GAGÉ: «Tanaquil et le rites étrusques de la 'Fortune oiseleuse'», *SE*, 22, 1953, p. 80.

26. Dion., 4.2.1-3; Ovid., *Fast.*, 6.627-628; Plin., *Nat. hist.*, 36.204; Plut., *Fort. Rom.*, 10; Arnob., 5.18.

27. Cic., *Div.*, 1.53.121; Liv., 1.39.1-3; Dion., 4.2.4; Ovid., *Fast.*, 6.635 s.; Plin., *Nat. hist.*, 2.241; 36.204; Plut., *Fort. Rom.*, 10; Val. Max., 1.6.1; Flor., 1.6.1; Auct. vir. ill., 7.1-2; Serv., *Aen.*, 2.683; Zon., 7.9; Lyd., *Ost.*, 5.

28. R. THOMSEN: *King Servius Tullius. A Historical Synthesis*, p. 318; C. AMPOLO: «Servio Tullio e Dumézil», *Opus*, 2, 1983, p. 397; M. PALLOTTINO: *Origini e storia primitiva di Roma*, p. 251.

29. Plut., *Rom.*, 2.4-8.

30. Así, S. MAZZARINO: *Il pensiero storico classico*, Bari, 1966, vol. I, pp. 190 y ss.; IDEM: «Antiche leggende sulle origini di Roma», *SR*, 8, 1960, pp. 389 y ss.; J. HEURGON: *Vita quotidiana degli Etruschi* (trad. ital.), Milán, 1974, pp. 339 y ss.; G. D'ANNA: «Il ruolo di Lavinium e di Alba nella

una fecha bastante más reciente.³¹ En definitiva, se trata de un relato muy ecléctico, que toma elementos de diversa procedencia y que en última instancia parece inspirarse en la leyenda sobre el maravilloso nacimiento de Servio. Esta versión de Promathion evoca por una parte la inserción de Servio en el mundo de los héroes, y por otra la oposición entre este rey y Tarquinio Prisco, cuyo nombre se esconde en el del malvado Tarchetios, sustituto del Amulio de la versión canónica.

Finalmente, Tarquinio el Soberbio, un rey despótico y cruel, personificación del *odium regni*, no podía contar con el beneplácito divino. Los prodigios que le afectan tienen un significado negativo: no anuncian su realeza, sino su caída y la futura gloria de Roma, pero una Roma entendida ya como republicana.³²

Según podemos observar, la monarquía del siglo VI es muy diferente de la anterior. Sus reyes carecen de la justificación tradicional, y de ahí la necesidad de disponer de nuevos soportes ideológicos que garanticen la legitimidad de su superior posición.

Pero las condiciones no eran las mismas para todos los reyes. Tarquinio Prisco fue capaz de crear un sistema que protagonizado por el rey, se integraba plenamente en la ciudad. El núcleo de la ideología real se localiza en el santuario de Júpiter sobre el Capitolio, cuya primera fase se eleva a los inicios del siglo VI, y en los rituales políticos que giran sobre el mismo, en especial el triunfo. Una de las innovaciones que la tradición atribuye a Tarquinio fue la introducción, a partir de Etruria, de nuevos símbolos del poder.³³ Estos símbolos son los mismos que llevaba el triunfador y también aquellos que adornaban la estatua de Júpiter Capitolino.³⁴ Se crea así un triángulo cuyos vértices son la

leggenda delle origini di Roma», en *Archeologia Laziale III* (QuadAEl 4), Roma, 1980, p. 159; C. AMPOLO: en *Plutarco. Le vite di Teseo e di Romolo*, Milán, 1988, pp. 272 y ss. Recientemente, D. BRIQUEL: «Stratifications dans la légende de Servius Tullius», en *Être Romain. Hommages Ch.M. Ternès*, Luxemburgo, 2007, pp. 199-235, propone que la versión de la maravillosa concepción de Servio fue modelada en época arcaica a partir de la leyenda de Rómulo, ya considerado como fundador de Roma.

31. E. GABBA: «Considerazioni sulla tradizione letteraria sulle origini della Repubblica», en *Les origines de la République romaine*, Vandoeuvres, 1967, pp. 147 y ss.; J. N. BREMMER - N. M. HORSFALL: *Roman Myth and Mythography*, Londres, 1987, p. 50.

32. Liv., 1.56.4-12; Dion., 4.63.2; Cic., *Div.*, 1.22.44-45. Sobre este último prodigio, W. FAUTH: «Der Traum des Tarquinius. Spuren einer etruskische-mediterranen Widder-Sonnensymbolik bei Accius (fr. 212 D)», *Latomus*, 35, 1976, pp. 469-503; CH. GUITTARD: «Le songe de Tarquin (Accius, «Brutus», fr. I-II S.R.F. Klotz)», en *La divination dans le monde étrusco-italique. II*, pp. 47-67; A. MASTROCINQUE: «La cacciata di Tarquinio il Superbo», *Athenaeum*, 61, 1983, pp. 457 y ss.; IDEM: *Lucio Giunio Bruto*, Trento, 1988 pp. 13 y ss.; D. BRIQUEL: «Tarquins de Rome et idéologie indo-européenne (II)», pp. 439 y ss.

33. Dion., 3.61-62; Flor., 1.5.6; Str., 5.2.2 (C. 220); Amp., *Lib. mem.*, 17; Zon., 7.8.

34. Dion., 3.62.2. Sobre el *ornatus triumphalis*, con referencia a las fuentes, J. MARQUARDT: *Römische Staatsverwaltung*, Leipzig, vol. II, 1884, pp. 586 y ss.; W. EHLERS: «Triumphus», *RE*, VIIA1, 1939, col. 498. Serv., *Ecl.*, 10.27: *triumphantes, qui habent omnia Iovis insignia*; Liv., 10.7.10; cf. Suet., *Aug.*, 94.6; Tert., *Cor.*, 13.1. Sobre el minio: Plin., *Nat. hist.*, 33.111; 35.157; Serv., *Ecl.*, 6.22; Isid., *Etym.*, 18.2.6.

realeza, el triunfo y Júpiter, que definen un sistema ideológico coherente con el rey como protagonista.

El templo de Júpiter sobre el Capitolio fue creado como sede de la divinidad poliada, imprescindible en una estructura cívica. Y en efecto, este Júpiter del Capitolio reviste desde su origen un marcado carácter político, que le vincula no sólo a la ciudad sino también a su dirigente. La proximidad entre el rey y Júpiter alcanza su punto culminante en ocasión del triunfo.³⁵ Heredado por el magistrado republicano, el triunfo es en origen un ritual monárquico y por tanto su significado está en función del rey. Su introducción en Roma es debida a Tarquinio, quien transformó antiguos rituales de victoria con el añadido de nuevos elementos y una componente ideológica propia. Se trata de una ceremonia de exaltación tras una victoria militar, durante la cual el rey se sitúa por encima de sus conciudadanos y se aproxima a Júpiter, con quien comparte los símbolos, pero sin llegar a identificarse con él. A los ojos del pueblo el rey aparece como vicario de Júpiter, fuente de toda autoridad, convirtiéndose en garante de la supervivencia de Roma frente al enemigo exterior. A nivel político, el rey asume una posición de intermediario necesario entre la comunidad y Júpiter, por lo que sus éxitos son también los de Roma y en última instancia se deben a la tutela del dios de la ciudad. Esta función mediadora del rey se reafirma en otros rituales asimismo dirigidos a Júpiter Capitolino y cuyo origen aparece vinculado al triunfo: los *ludi Romani*, cuya creación es otorgada por la tradición a Tarquinio, y el *epulum Iovis*.³⁶

Un segundo lugar directamente relacionado con el rey es la Regia. Se trata de un pequeño edificio, cuya primera fase se fecha hacia el año 600, compuesto por un patio y dos pequeñas habitaciones, los *sacraria* consagrados respectivamente a Marte y a Ops. El aspecto quizá más notable de los cultos practicados en la Regia es su carácter secreto.³⁷ Si se exceptúa la entrada ocasional de los salios para sacar los *ancilia* en procesión, al *sacrarium* de Marte sólo tenían acceso muy pocas personas: durante la República, el magistrado dotado de *imperium* y el *pontifex maximus*, lógicos sustitutos del rey, y además las llamadas *saliae virgines*, que no son otras que las vestales adornadas con elementos saliares.³⁸ Esta misma exclusividad se repite en la capilla de Ops, donde de

35. Sobre el triunfo, con bibliografía previa, H. S. VERSNEL: *Triumphus*, Leiden, 1970; F. COARELLI: *Il Foro Boario*, Roma, 1988, pp. 415 y ss.; E. KÜNZL: *Der römische Triumph*, Múnich, 1988; J. RÜPKE: *Domi militiae*, Stuttgart, 1990, pp. 223 y ss.

36. Véase, con amplio desarrollo, J. MARTÍNEZ-PINNA: *Tarquinio Prisco*, pp. 177 y ss.

37. Sobre los cultos de la Regia y el rey, J. MARTÍNEZ-PINNA: *Tarquinio Prisco*, pp. 187 y ss. Quizá en relación a este carácter oculto de los rituales de la Regia sea posible interpretar la conocida terracota del «Minotauro», perteneciente a la tercera fase del edificio: el Minotauro era una de las más antiguas insignias militares romanas, anteriores a la reforma de Mario, cuyo significado no era otro que proteger el secreto de las deliberaciones de los jefes del ejército (Paul. Diac., 135 L; Veget., 3.6.9): véase J. MARTÍNEZ-PINNA: «Una nueva hipótesis sobre el «Minotauro» de la Regia», *Orizzonti* (e.p.).

38. Serv., *Aen.*, 8.3; Fest., 439 L.

nuevo solamente podían entrar el pontífice –en origen el rey– y las vestales.³⁹ Teniendo en cuenta la estrecha relación que existía entre el monarca, y durante la República el pontífice máximo, y las vestales, vemos cómo los cultos de la Regia constituían durante la monarquía un ámbito exclusivo del rey, que sólo puede explicarse por motivos políticos. Los beneficios que ambas divinidades proporcionaban a Roma, Marte en el campo de la guerra y Ops en el de la abundancia, sólo se garantizaban a través del monarca, quien de nuevo aparece como dispensador de bienes e intermediario necesario entre los ámbitos divino y humano. En otras palabras, la supervivencia de Roma descansaba en parte sobre la Regia, y así se comprende como este elemento tan vinculado a la monarquía sobrevivió al régimen que en origen representaba.

Un tercer pilar de la construcción ideológica de Tarquinio fue Hércules. Su presencia se observa sobre todo en dos puntos. Las primeras estatuas que conoció Roma fueron erigidas en tiempos de Tarquinio Prisco. Este hecho tiene gran relevancia no sólo cultural, sino también religiosa y política, pues implica un cambio sustancial en la percepción de lo divino, rompiendo, según la tradición, con una ley de Numa que prohibía todo tipo de representaciones de los dioses como manifestación de respeto y piedad.⁴⁰ Pero su vertiente política se destaca inmediatamente al considerar que esas primeras imágenes fueron, según Plinio, aquellas que Tarquinio encargó al coroplasta veyense Vulca, una de Júpiter y otra de Hércules,⁴¹ dos de los apoyos sobre los que se sustentaba la ideología del monarca. Es muy posible que este *Hercules fictilis* fuese el mismo que en ocasión del triunfo era revestido con el *ornatus triumphalis*, de forma que durante esta ceremonia se producía un acercamiento del rey no sólo a Júpiter sino también a Hércules.⁴² Por otra parte la identificación entre el rey, en este caso Tarquinio Prisco, y Hércules parece deducirse por otra vía, la leyenda de Acca Larentia.

Dice la tradición que durante el reinado de Anco Marcio, y en pago de una apuesta, el *aedituus* del *ara maxima* entregó a Hércules una prostituta llamada Acca Larentia, *nobilissima scortium*. Hércules prometió a esta última que se casaría con el primer hombre que encontrase al salir del templo, que resultó ser un rico etrusco llamado Tarutius; a su muerte, éste dejó sus bienes a su esposa, quien a su vez los legaría al pueblo romano.⁴³ Esta es sin duda la versión

39. Var., *L.L.*, 6.21.

40. Plut., *Num.*, 8.14; Aug., *Civ. Dei*, 4.31. Cf. E. GABBA: «Dionigi, Varrone e la religione senza miti», *RSI*, 96, 1984, pp. 866 y ss.

41. Plin., *Nat. hist.*, 35.157.

42. C. AMPOLO: «Roma arcaica fra Latini ed Etruschi: aspetti politici e sociali», en *Etruria e Lazio arcaico* (QuadAEI 15), Roma, 1987, p. 86.

43. Macr., *Sat.*, 1.10.12-17; Aug., *Civ. Dei*, 6.7; Plut., *Rom.*, 5; *QRom.*, 35; Tert., *Nat.*, 2.10; Lact., *Inst.*, 1.10.4-5; Verrio, en *Fast. Praen.* ad 23 dec. (A. DEGRASSI: *Inscriptiones Italiae*, XIII.2, Roma, 1963, p. 108). Sobre la leyenda, con bibliografía, J. MARTÍNEZ-PINNA: *Tarquinio Prisco*, pp. 195 y ss.; F. COARELLI: *Il Campo Marzio*, Roma, 1997, pp. 139 y ss.

más antigua de la leyenda de Acca, como ya hace tiempo defendió con buenos argumentos Th. Mommsen.⁴⁴ En ella se esconde, transfigurado, un ritual de hierogamia, pues muy posiblemente tras el nombre de Tarutius se oculta el de Tarquinio Prisco,⁴⁵ quien asumiendo la apariencia de Hércules lleva a cabo una unión sacra con el fin de asegurar la abundancia. Los beneficios que obtiene la comunidad no serían otros, trasladados a un plano legendario, que los bienes legados por Acca al pueblo romano.

La especial vocación de Tarquinio Prisco hacia Hércules no debe sin embargo llevarnos a considerar a este héroe (o dios en Italia) como antepasado mítico de los Tarquinius, descendientes del corintio Demarato, un Baquíada y por tanto también un Heráclida.⁴⁶ La presencia de Hércules en el Foro Boario es anterior a la llegada de los Tarquinius a Roma, de manera que es muy posible que Tarquinio Prisco adaptase, enriqueciéndolos, antiguos cultos como sostén de su propia ideología.

Por las propias circunstancias, la monarquía de Servio exigía un nuevo planteamiento ideológico. Pero esta necesidad no implicaba suprimir las novedades introducidas por Tarquinio. Todas ellas siguieron funcionando con normalidad, pues habían conseguido enraizar en la misma estructura ciudadana, pero a la vez no dejaban de estar muy próximas a la personalidad de su autor. Servio necesitaba pues buscar soportes ideológicos propios, que fácilmente se identificasen con él. La vía elegida fue aquélla representada sobre todo por Fortuna, y en menor medida también por Diana.

Fortuna aparece en Roma especialmente vinculada a la persona de Servio. Este es presentado por la tradición como el favorito de Fortuna, pero es sobre todo en fuentes de procedencia anticuaria donde los vínculos entre ambos son reafirmados con rotundidad: la diosa otorga el poder al rey, con el cual mantiene además una relación erótica.⁴⁷ La leyenda de los amores entre Fortuna y

44. TH. MOMMSEN: «Die echte und die falsche Acca Larentia», en *Festgaben G. Homeyer*, Berlin, 1877, pp. 91-107 (= *Römische Forschungen*, vol. II, 1-22).

45. La identificación entre Tarutius y Tarquinio Prisco es admitida, entre otros, por E. PAIS: *Ancient Legends of Roman History*, Londres, 1906, p. 80; A. MASTROCINQUE: *Romolo*, Trento, 1993, p. 115; F. COARELLI: *Il Campo Marzio*, p. 139. Cf. U. PESTALOZZA: «Mater Larum e Acca Larentia», *RIL* 46, 1933, pp. 941 y s.

46. Así recientemente F. ZEVI: «Demarato e i re 'corinzi' di Roma», en *L'incidenza dell'antico*, Nápoles, 1995, vol. I, pp. 307 y ss.; D. BRIQUEL: «La référence à Héraklès de part et d'autre de la révolution de 509», en *Le mythe grec dans l'Italie antique*, Roma, 1999, pp. 105 y ss.

47. Ovid., *Fast.*, 6.569 ss.; Iuv., *Sat.*, 7.201; Val. Max., 4.3.3; Plut., *Fort. Rom.*, 10; *QRom.*, 36. En el texto analítico este aspecto no es mencionado de manera explícita, pero la presencia de di Fortuna se intuye impregnando todo el relato sobre el reinado de Servio: cf. J. CHAMPEAUX: *Fortuna. Le culte de la Fortune à Rome et dans le monde romain*, Roma, vol. I, 1982, p. 324; V. FROMENTIN: «Servius Tullius sans Fortuna? Ou la figure du roi Servius Tullius chez Denys d'Halicarnasse», en *Pouvoir des hommes, signes des dieux dans le monde antique*, Besançon, 2002, pp. 61y ss.; B. MINEO: *Tite-Live et l'histoire de Rome*, p. 187. Sobre la relaciones eróticas entre Fortuna y Servio, J. CHAMPEAUX: *Fortuna. I*, pp. 293 y ss.; F. COARELLI: *Il Foro Boario*, pp. 301 y ss.

Servio no sólo es antigua, sino que probablemente descansa en hechos auténticos.⁴⁸ Dice la tradición que la diosa se introducía en el palacio a través de una ventana, la llamada *porta Fenestella*, para unirse a Servio, según un motivo de clara influencia oriental. Esta unión sólo puede interpretarse en el sentido de una hierogamia,⁴⁹ y por tanto no podía tener lugar en el palacio, sino en el templo que Servio consagró a Fortuna en el Foro Boario. Pero entre la hierogamia de Tarquinio y la de Servio existe una diferencia: en el primer caso, toda la comunidad es la principal beneficiaria a través de su legítimo representante, mientras que ahora es Servio el primer destinatario de los bienes que dispensa la diosa, y en segundo lugar el pueblo.

El segundo apoyo ideológico de Servio fue Diana. Como se sabe, Servio construyó un *Danium* sobre el Aventino, con el fin de actuar en función de centro confederal del pueblo latino.⁵⁰ Pero este hecho suscita algunas dudas, sobre todo en lo que se refiere a su verdadero significado. En efecto, parece que Servio quería proporcionar a este templo un carácter panlatino, y que incluso fueron aceptadas algunas influencias greco-orientales, según se puede observar por ejemplo a propósito de la iconografía de la estatua cultural de Diana.⁵¹ Pero a pesar de ello, no es fácil asumir que los latinos lo hubiesen reconocido como un centro propio. Cuando Tarquinio el Superbo logró imponer su hegemonía sobre el Lacio, el escenario del debate entre los enviados de las ciudades latinas se localizó en el *lucus Ferentinae*, que dependía de la ciudad de Aricia, y éste era verdaderamente el centro de la alianza latina.⁵² En mi opinión, la clave para comprender el problema se encierra en el famoso episodio de la ternera sabina sacrificada en el templo de Diana.⁵³ Se trata de un prodigio de soberanía,

48. En contra, R.T. RIDLEY: «The Enigma of Servius Tullius», *Klio*, 57, 1975, pp. 170 y s.; R. THOMSEN: *King Servius Tullius*, pp. 260 y ss.

49. M. VERZÁR: «Pyrgi e l'Afrodite di Cipro», *MEFRA*, 92, 1980, pp. 71 y ss.; F. COARELLI: *Il Foro Boario*, p. 307; D. BRIQUEL: «Les figures féminines dans la tradition sur les rois étrusques de Rome», *CRAI*, 1998, p. 407.

50. Liv., 1.45.2-3; Dion., 4.26; Auct. vir. ill., 7.9; Zon., 7.9. Pueden verse asimismo, Var., *L.L.*, 5.43; Fest., 460 L; Paul. Diac., 467 L.

51. Str., 4.1.5 (C. 180). Véase C. AMPOLO: «L'Artemide di Marsiglia e la Diana dell'Aventino», *PdP*, 25, 1970, pp. 200-210. Una intervención directa de los focenses en la extensión del culto de Artemis en el Occidente es admitida, entre otros, por F. ALTHEIM: *Der Ursprung der Etrusker*, Baden-Baden, 1950, pp. 63 y s.; G. COLONNA: «Sull'origine del culto di Diana Aventinensis», *PdP*, 17, 1962, pp. 57-60.

52. Cf. C. AMPOLO: «Ricerche sulla lega latina. I», *PdP*, 36, 1981, pp. 219-233; G. COLONNA: «Il lucus Ferentinae ritrovato?», en *Archeologia Laziale VII* (QuadAEI 11), Roma, 1985, pp. 40-43; F. COARELLI: «Gli emissari dei laghi laziali: tra mito e storia», en *Gli Etruschi maestri di idraulica*, Perugia, 1991, pp. 37 y ss.; A. GRANDAZZI: «Identification d'une déesse», *CRAI*, 1996, pp. 274 y ss. No resulta fácil aceptar la opinión de R. THOMSEN: *King Servius Tullius*, pp. 311 y s., en el sentido que «it cannot be doubted that the Latin federal sanctuary on the Aventine continued to be the proper instrument of Rome as the leading power in Latium in the reign of Tarquinius Superbus».

53. Liv., 1.45.7; Plut., *QRom.*, 4; Val. Max., 7.3.1; Auct. vir. ill., 7.10; Zon., 7.9.

mediante el cual Diana proporciona a Roma la hegemonía sobre los latinos. En la versión de Plutarco, quizá la más antigua –aparece ya en Varrón y en Juba–, el autor del sacrificio es el mismo Servio, y no el sacerdote de Diana, es decir es el rey quien asume su función fundamental de intermediario entre la divinidad y los hombres.⁵⁴ Así el beneficiario directo del prodigio no es tanto la ciudad como sobre todo su rey, quien de esta manera justifica su posición de poder. Surge por tanto la tentación de considerar que el carácter federal que Servio pretendía ofrecer a su templo de Diana era funcional solamente a los ojos de los romanos, pero no para los latinos, quienes nunca reconocieron en el *Dianium* del Aventino un santuario propio. Fortuna y Diana manifiestan por tanto una especial dedicación hacia Servio, a quien proporcionan la supremacía, una sobre Roma y otra sobre los latinos.

El reinado de Tarquinio el Soberbio supone un retorno a los principios que habían guiado a Tarquinio Prisco, y en efecto, el nuevo rey hizo suyas, magnificándolas, varias iniciativas de su antepasado. Pero a la vez también aprovechó algunos elementos identificados con Servio. Si verdaderamente se debe atribuir a Tarquinio la segunda fase del templo arcaico de S. Omobono, como así parece,⁵⁵ y si a este templo pertenece el grupo escultórico que representa a Hércules y a una diosa armada, estaríamos ante un elemento de continuidad, y a la vez de innovación, entre Servio y Tarquinio. Pero este hecho no autoriza a pensar que Tarquinio hiciese suya la ideología serviana, es decir que se presentase también como favorecido por Fortuna y deudor de la diosa en la concesión del reino. Se trata más bien de una apropiación, de manera que aceptando la importancia que Fortuna y su templo habían alcanzado con Servio, fueron adaptados a los intereses del nuevo gobernante. Hércules ocupaba un lugar destacado en la ideología de los Tarquinios, y así lo mostró el Soberbio no sólo con este grupo que situó en el templo de su adversario, sino también, hasta donde conocemos, con otro conjunto ornamental sacro localizado en el Esquilino.⁵⁶

El grupo escultórico de S. Omobono se intepreta generalmente como escenificación de la apoteosis de Hércules, introducido en el Olimpo de la mano de Atenea, según un modelo Pisistrátida y por tanto con un valor tiránico.⁵⁷ Pero no creo que sea ésta la lectura correcta. Recientemente se ha demostrado

54. G. DUMÉZIL: *Servius et la Fortune*, París, 1943, pp. 208 y ss.; J. HUBAUX: *Rome et Véies*, París, 1958, p. 234; C. SANTI: «La nozione di prodigio in età regia», *SMSR*, 62, 1996, pp. 507 y ss.

55. Puede verse una reciente y detallada discusión en G. ADORNATO: «L'area sacra di S. Omobono. Per una revisione della documentazione archeologica», *MEFRA*, 115, 2003, pp. 809-835, aunque con conclusiones todavía muy hipotéticas.

56. M. CRISTOFANI: «Artisti etruschi a Roma nell'ultimo trentennio del VI secolo a.C.», *Prospettiva*, 9, 1977, pp. 5 y s.

57. A. SOMMELLA MURA: «La decorazione architettonica del tempio arcaico», *PdP*, 32, 1977, p. 119; EADEM: «L'introduzione di Eracle nell'Olimpo», *BMCR*, 24, 1977, pp. 3-15; EADEM: «Il gruppo acroteriale di Eracle e Athena», *PdP*, 36, 1981, pp. 60 y ss.; M. PALLOTTINO: «Servius Tullius à la lumière des nouvelles découvertes épigraphiques et archéologiques», *CRAI*, 1977, pp. 225 y ss.; IDEM: *Origini e storia primitiva di Roma*, p. 288; C. AMPOLO: «Il gruppo acroteriale di

cómo este motivo no es exclusivo de Roma, sino relativamente común en la baja cuenca tiberina, y responde sobre todo a los valores de la tradición aristocrática.⁵⁸ En el caso de Roma, la ubicación del grupo en el acroterio del santuario de Fortuna indica una imposición de Tarquinio sobre Servio, de forma que la diosa, que todavía gozaba de no escaso fervor entre los romanos, es sometida al esquema de los Tarquinius. No resulta fácil identificar a la diosa que acompaña a Hércules, pero según creo son más fuertes los argumentos a favor de Fortuna. Sea como fuere, este conjunto escultórico ofrece un significado no tanto tiránico, sino en el mejor de los casos dinástico.

En el reinado de Tarquinio el Soberbio de nuevo es Júpiter, quien ocupa una posición central. Fiel reflejo de tal inquietud es el santuario levantado sobre el Capitolio, de excepcionales magnitudes⁵⁹ y consagrado, según la tradición, en el primer año de la República. El templo fue concebido como una extraordinaria manifestación de poder, tanto hacia el interior como hacia el exterior de Roma, de ahí las diversas interpretaciones que suscita su significado. Refiriéndose al proyecto de Tarquinio, resalta Livio la ambición personal del rey, quien con esta obra pretendía dejar testimonio de su reinado y de su nombre, sin ocultar además una expresa vocación dinástica.⁶⁰ Y en efecto, con anterioridad veíamos cómo Tarquinio Prisco había situado a Júpiter en el centro de la nueva ideología forjada como justificación de su monarquía, de manera que a través de determinadas ceremonias, y especialmente el triunfo, el rey se presentaba ante la ciudad como vicario de Júpiter y por tanto garante último de su supervivencia. Con el nuevo y monumental santuario las connotaciones «jovianas» del monarca se magnifican, en la búsqueda de un escenario más acorde a la expresión del poder real. La divinidad poliada de Roma pasa a encarnar así un ideal dinástico en la persona de los Tarquinius.

S. Omobono», *PdP*, 36, 1981, pp. 32-36; IDEM: «Roma arcaica fra Latini ed Etruschi», pp. 85 y s.; M. CRISTOFANI: «Il ruolo degli Etruschi nel Lazio antico», en *Greci e Latini nel Lazio antico*, Roma, 1982, pp. 44 y ss.; G. COLONNA: «Il maestro dell'Ercole e della Minerva», *OpRom*, 16, 1987, p. 32; C. GROTTANELLI: «Servio Tullio, Fortuna e l'Oriente», *DdA*, 5, 1987, pp. 94 y ss.; T. J. CORNELL: *The Beginnings of Rome*, pp. 147 y ss.; F. ZEVI: «Aspetti culturali di Roma tra VI e V secolo a.C.», en *Scritti S. Stucchi*, Roma, 1996, vol. II, pp. 303 y s.; D. BRIQUEL: «La référence à Héraklès de part et d'autre de la révolution de 509», p. 110; V. E. VERNOLE: *Servius Tullius*, pp. 115 y ss.; G. ADORNATO: «L'area sacra di S. Omobono», pp. 826 y ss.

58. P. S. LULOF: «Archaic terracotta acroteria representing Athena and Heracles: manifestations of power in central Italy», *JRA*, 13, 2000, pp. 207-219.

59. Los descubrimientos realizados en el último decenio permiten hacerse una idea más completa del santuario, desterrando aquellas dudas acerca de sus extraordinarias dimensiones: A. MURA SOMMELLA: «Le recenti scoperte sul Campidoglio e la fondazione del tempio di Giove Capitolino», *RPAA*, 70, 1997-98, pp. 57-79; EADEM: «La grande Roma dei Tarquini'. Alterne vicende di una felice intuizione», *BCAR*, 101, 2000, pp. 20 y ss.; A. DANTI: «L'indagine archeologica nell'area del tempio di Giove Capitolino», *BCAR*, 102, 2001, pp. 323-346.

60. Liv., 1.55.1: ... *ut Iouis templum in monte Tarpeio monumentum regni sui nominisque relinqueret: Tarquinius reges ambos patre uouisse, filium perfecisse.*

Pero el templo de Júpiter ofrece también una proyección exterior no menos importante que la anterior. No cabe duda que su imponente masa representaba asimismo un símbolo palpable de la potencia de Roma, una afirmación de su hegemonía sobre el conjunto del Lacio. Su construcción hay que entenderla también en relación a la política desarrollada por Tarquinio en el Lacio, que culminó con el reconocimiento de la superioridad romana. Fue bajo Tarquinio el Soberbio cuando por vez primera Roma concretó un proyecto hegemónico sobre el Lacio, más allá de un reconocimiento implícito de una superioridad militar romana por parte de los latinos.⁶¹ Desde un punto de vista religioso, este plan se materializó en la elección, posiblemente a instancias del propio Tarquinio, del santuario de Júpiter *Latiaris* como centro de la alianza. A este respecto, cobra especial significado la noticia de la institución de las *feriae Latinae* por obra de Tarquinio.⁶² Ciertamente resulta difícil aceptar tal cual este hecho, pues las *feriae Latinae* son más antiguas, pero ya no tanto admitir un interés de Tarquinio por adaptar una antigua institución común a todos los latinos en función de sus propios objetivos.⁶³ Uniendo la condición de Júpiter como patrón de todos los pueblos del *nomen Latinum* con aquella otra que le define como divinidad tutelar de Roma, Tarquinio amplía al Lacio su papel de vicario de Júpiter. En otras palabras, el rey de Roma proyecta hacia el exterior la base ideológica de su poder adaptándola a las propias tradiciones latinas, con lo cual Júpiter es presentado no sólo como garante de la realeza de Tarquinio, sino también de su cualidad de *hegemon* de los latinos. En este sentido, una comparación con el Partenón de Atenas no está fuera de lugar, pues el santuario capitolino proclama el poder y orgullo de la ciudad.⁶⁴ La idea del Capitolio como centro de Roma, y por extensión del «mundo», recibe pues nuevos impulsos con Tarquinio el Soberbio.

Es muy frecuente leer que la monarquía romana en el siglo VI es de carácter tiránico, según el modelo contemporáneo griego, con especial referencia a las tiranías de la Magna Grecia y de Sicilia. Las razones de tal afirmación son determinadas coincidencias en algunos hechos comunes a los reyes romanos y a los tiranos griegos, como la existencia de un poder personal, los grandiosos proyectos urbanísticos y monumentales o una ambiciosa política exterior; también se invocan las estrechas relaciones de Roma con los griegos de Occidente o incluso la embajada enviada por Tarquinio el Soberbio a Delfos, por

61. A. J. TOYNBEE: *Hannibal's Legacy*, Oxford, 1965, vol. I, pp. 117 y s.; A. BERNARDI: *Nomen Latinum*, Pavia, 1973, pp. 20 y ss.; M. PALLOTTINO: *Origini e storia primitiva di Roma*, pp. 290 y ss.; W. KUHOFF: «La Grande Roma dei Tarquini»: *Die früheste Expansion des römischen Staates*, pp. 43 y ss.; T. J. CORNELL: *The Beginnings of Rome*, pp. 209 y s.

62. Dion., 4.49.2-3; Auct. vir. ill., 8.2.

63. A. BERNARDI: *Nomen Latinum*, pp. 20 y s.; B. LIOU-GILLE: «Naissance de la ligue latine: mythe et culte de fondation», *RBPhH*, 74, 1996, pp. 91 y s.; A. PASQUALINI: «I miti albaní e l'origine delle *feriae Latinae*», en *Alba Longa. Mito storia archeologia*, Roma, 1996, pp. 237 y ss.

64. R. M. OGILVIE: *Early Rome and the Etruscans*, Glasgow, 1976, p. 72.

otra parte de autenticidad dudosa. Aun admitiendo la validez de estos argumentos, la pregunta es si son suficientes para llegar a tal conclusión. El problema no es simplemente terminológico, sino que al aceptar la existencia de la tiranía en Roma, se corre el riesgo de interpretar la historia romana arcaica desde un punto de vista griego. En otras palabras, Roma, al igual que Etruria, pasa a convertirse en una especie de «provincia» política de Grecia, lo que en modo alguno es admisible.

Los reyes romanos del siglo VI buscaron sus principales apoyos políticos entre los miembros de la aristocracia, y en realidad no podía ser de otra manera. Así, la primera medida tomada por el rey Tarquinio Prisco, según el relato tradicional, fue la creación de los llamados *patres minorum gentium*, es decir la admisión en el Senado –y sin duda también en el *equitatus* y en los principales sacerdocios– de nuevas familias aristocráticas elevadas al patriciado. La intervención de Tarquinio no significó una modificación sustancial de estas instituciones, salvo en el número de sus miembros, pero no por ello la medida carece de importancia política. El propósito fundamental de la iniciativa del rey no era otro que introducir en las principales instituciones de la ciudad una nueva nobleza que pudiera contrarrestar la influencia de las antiguas familias de la aristocracia gentilicia. El asunto de Atto Navio y la muerte violenta del propio Tarquinio tienen al respecto valor de prueba.

Respecto a Servio Tulio, su definición como tirano descansa en definitiva en la aceptación de aquella tendencia de la tradición que ve en este rey a un *rex popularis*. Pero en realidad son más tenaces los argumentos a favor de una interpretación aristocrática de la figura de Servio. Según ha mostrado J.-C. Richard, la imagen popular de Servio es una creación de los dos últimos siglos republicanos.⁶⁵ Por el contrario, las relaciones del rey con los hermanos Vibenna, sus vínculos con la República patricia, su interacción en el mundo pseudo-histórico de los héroes, son elementos que sugieren una mayor antigüedad de la apariencia aristocrática de Servio. También sus reformas, aunque se pueden explicar en el contexto del desarrollo institucional de Roma, se adaptan perfectamente a la estructura y a los ideales de la ciudad aristocrática.

No se puede negar que el desarrollo del esquema hoplítico, probablemente ya introducido en Roma por Tarquinio Prisco,⁶⁶ favorece la cohesión interna del grupo y contribuye a profundizar en la conciencia de pertenecer a una comunidad ciudadana. Pero es necesario situar las cosas en su sitio. La falange hoplítica

65. J.-C. RICHARD: «Recherches sur l'interprétation populaire du roi Servius Tullius», *RPh*, 61, 1987, pp. 205-225.

66. J. MARTÍNEZ-PINNA: «La introducción del ejército hoplítico en Roma», *Italica*, 16, 1982, pp. 33-44; IDEM: *Tarquinio Prisco*, pp. 226 y ss.; T.J. CORNELL: «La guerra e lo stato in Roma arcaica (VII-V sec.)», en *Alle origini di Roma*, Pisa, 1988, pp. 91 y 96 y s.; C. AMPOLO: «La città riformata e l'organizzazione centuriata», en A. MOMIGLIANO - A. SCHIAVONE (eds.): *Storia di Roma*, vol. I, p. 224; G. VALDITARA: *Studi sul magister populi*, Milán, 1989, p. 255; M. RIEGER: *Tribus und Stadt*, pp. 89 y ss., p. 266.

se identifica a la *classis* más antigua, formada por todos aquellos que tenían la posibilidad de adquirir *privato sumptu* el armamento que se exigía a sus miembros. De este grupo participaban no sólo la clase media campesina en posesión de los recursos necesarios, sino también la aristocracia, posiblemente acompañada por una parte de sus clientes. Los deberes militares se extendían también a los *adsidui* más pobres, cuyo armamento, más simple, les relegaba *infra classem*. Además de estas dos categorías (*classis* e *infra classem*), la sociedad romana arcaica comprendía otras dos, el *equitatus*, que era patrimonio del patriciado, y los *proletarii*, quienes no tenían obligaciones militares porque carecían de tierra en propiedad.

Esta división, a primera vista de carácter militar, es el resultado del censo, que la tradición atribuye a Servio Tulio. Por definición, un sistema timocrático es creador de jerarquía, pues implica la clasificación de los ciudadanos según su riqueza, asignándoles un puesto en aquellas funciones que cumple la ciudad. En el caso romano, es generalmente admitido que los ciudadanos eran censados con un objetivo militar, de forma que a partir de las operaciones del censo se constituía el ejército, es decir la infantería. Sin embargo, si la organización militar es inseparable de la política, es muy probable que la reforma serviana hubiese tenido también una vertiente política, que en virtud de la lógica inherente al sistema censitario, otorgaba mayores ventajas a las clases superiores.

Si traducimos esta situación a la terminología política de la Grecia arcaica, no sería posible hablar de isonomía, sino en el mejor de los casos de eunomía, esto es igualdad en el interior de cada una de las clases, pero desigualdad entre las clases. Por tanto resulta muy difícil entender la tendencia a aproximar las respectivas reformas de Servio y de Clístenes el ateniense,⁶⁷ el paralelo más cercano es sin duda el de Solón. En mi opinión, no sería aventurado pensar que con la organización que introdujo en Roma, Servio proporcionó a la aristocracia los instrumentos para asentarse firmemente en el poder con la instauración de la República.

Solamente Tarquinio el Soberbio podría aproximarse a la imagen de un tirano, y así es presentado por los autores antiguos. No se puede negar que el poder de Tarquinio fue despótico, y por tanto el modelo más parecido no es otro que el de la tiranía. Pero Tarquinio era rey y sucesor de reyes, y su reinado se enmarca en una tradición monárquica ininterrumpida. Su acceso al trono no se produce en un contexto de crisis social similar a aquél que había provocado la llegada de los tiranos en las ciudades griegas; y tampoco como consecuencia de una amenaza procedente del exterior. El régimen despótico de Tarquinio se entiende mejor si se contempla desde una perspectiva romana,

67. H. LAST: «The Servian Reforms», *JRS*, 35, 1945, pp. 39 y ss.; T.J. CORNELL: *The Beginnings of Rome*, pp. 194 y s.; C.J. SMITH: «Servius Tullius, Cleisthenes and the Emergence of the polis in Central Italy», en *The Development of the polis in Archaic Greece*, Londres, 1997, p. 214; J.-C. RICHARD: «Patricians and Plebeians: the Origin of a Social Dichotomy», en *Social Struggles in Archaic Rome*², Oxford, 2005, pp. 112 y s.

es decir como culminación de un proceso de degradación de la institución monárquica, paralelo al propio desarrollo institucional de la ciudad, como antes señalaba; pero a la vez también como respuesta radical a la dinámica alterna de poder y oposición entre los Tarquinius y Servio Tulio. No se puede olvidar que tampoco Tarquinio el Soberbio desdeñó el apoyo de grandes familias nobles, como se deduce de la existencia a comienzos de la República de aquella *factio Tarquiniana* antes mencionada. La monarquía tenía su fundamento en la tradición y cuando Tarquinio Prisco se alejó de ella, sembró el germen de su decadencia. La monarquía no se adaptaba fácilmente al ideal ciudadano.

El reinado de Tarquinio el Soberbio solamente podía terminar con el nacimiento de un nuevo régimen, una República controlada por las grandes familias que al poco tiempo se convierte en una verdadera oligarquía. Pero esta República es la heredera de la última monarquía. Así lo creían los antiguos que identificaban en Servio el vínculo entre ambos sistemas políticos. La frase con la que Livio concluye su libro I, y por tanto su relato sobre la época monárquica de Roma, es muy significativa: los cónsules que inmediatamente sucedieron al depuesto rey fueron elegidos *ex commentariis Ser. Tullii*.⁶⁸ En este sentido, se puede asimismo recordar la imagen de Servio como instaurador de la *libertas*, idea que ya aparece en un conocido fragmento del poeta Accio (*Servius qui libertatem civibus stabiliverat*), pero cuyo origen se eleva en el tiempo.⁶⁹ Y en efecto parece que la naciente República patricia asumió el esquema político-social surgido de las reformas de Servio, quien fue por ello considerado como el primer republicano. Pero la misma República no olvidó a los Tarquinius, de los cuales tomó sus fundamentos ideológicos: Júpiter se ofrecía como garantía más firme que no la imprevisible Fortuna. ●

68. Liv., 1.60.4.

69. Accio, fr. 40 R (= Cic., *Pro Sest.*, 58.123). Véanse E. GABBA: «Il «Brutus» di Accio», *Dioniso*, 43, 1969, pp. 373-383; A. MASTROCINQUE: «La cacciata di Tarquinio il Superbo», p. 474; J.-C. RICHARD: «Recherches sur l'interprétation populaire de la figure du roi Servius Tullius», pp. 210 y s.; A. FRASCHETTI: «Servio Tullio e la partizione del corpo civico», p. 131.